

# EL PERU FRENTE AL SIGLO XXI

Gonzalo Portocarrero - Marcel Valcárcel (Editores)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1995



# El Perú frente al Siglo XXI

Primera edición, abril de 1995

Cubierta: Mochy Gonzales  
Diagramación: Yoryina León M.

## *El Perú frente al Siglo XXI*

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18.  
San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Tlfs. 462-6390;  
462-2540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

*Derechos Reservados*  
ISBN 84-8390-990-1

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## *Intervención del Dr. Gonzalo Portocarrero*

*Decano de la Facultad de Ciencias Sociales*

### LA FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES: RECUENTO Y PERSPECTIVAS

Los aniversarios institucionales invitan a conmemorar, al homenaje y la introspección. Como científicos sociales diríamos que se trata de ritos mediante los cuales procuramos vivificar una tradición. Por un lado manifestar nuestra gratitud a quienes nos precedieron, recordar los mandatos fundadores. Es decir estimular un sentimiento de continuidad y pertenencia. Pero, de otro lado pensar en nuestro qué hacer, realizar un balance del camino recorrido, avizorar los desafíos que nos aguardan. Prepararnos para el porvenir.

En los próximos días, a propósito de ponencias y mesas redondas tendremos ocasión para discutir los problemas y posibilidades de nuestro país. Hoy, sin embargo, en el momento de la inauguración de este Seminario, nos toca como tarea reflexionar sobre nuestro qué hacer.

Las Ciencias Sociales surgen a fines del siglo XVIII, con el advenimiento de la modernidad, como parte del programa de la ilustración. Su aparición es un síntoma de lo que Max Weber llamó el proceso de racionalización de la cultura occidental. Es decir de la utilización en el conocimiento de lo social de una forma de pensar que es sistemática y que aspira siempre a contrastarse con la realidad. Pero este desarrollo obedece también a las necesidades de autocomprensión de sociedades para las cuales el futuro aparece como algo inquietante y problemático. En efecto, en circunstancias en que la tradición deja de ser un referente garantizador del futuro, se hace imprescindible constituir un saber específico que sea capaz de orientar la acción transformadora que la propia sociedad pueda ejercer sobre sí misma. De hecho ésta fue la

promesa de las Ciencias Sociales, contribuir a realizar el horizonte utópico de la ilustración; es decir el progreso de la humanidad hacia metas de igualdad y libertad, y el desarrollo del individuo en la búsqueda de la felicidad.

En el transcurso del siglo XIX las Ciencias Sociales se institucionalizan académicamente; en todas las universidades se establecen cátedras de enseñanza y su estudio pasa a ser parte del currículo de cualquier disciplina. Se presume entonces que cualquier hombre ilustrado debe tener una familiaridad básica con estos saberes, la suficiente para poder razonar su entorno social, para participar creativamente dentro de él. Además se mantiene la esperanza en torno a una orientación científica de la política.

¿Hasta qué punto han cumplido las Ciencias Sociales estas promesas?, ¿en qué medida el programa de la ilustración ha reducido los conflictos, ha hecho una realidad de los valores humanistas? Cualquier respuesta es polémica pero con seguridad puede decirse que la realidad se ha demostrado mucho más compleja e impredecible y que las Ciencias Sociales han sido mucho más diversas y falibles de lo que pudo haberse imaginado.

En el Perú una reflexión sistemática sobre la sociedad es cosa de inicios del presente siglo. Si relegamos a la categoría de precursores los intentos de fines del siglo XVIII, con el Mercurio Peruano y la Sociedad Amantes del País, y los planteamientos de los liberales en la Revista de Lima de mediados del siglo XIX, tendríamos que ubicar en la generación del 900 el surgimiento de esa reflexión teóricamente razonada, y que pretende además, eficacia transformadora. En los escritos de Francisco García Calderón, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde aparecen las primeras visiones globales de nuestro país. Detrás de ellos como antecesor inmediato está, desde luego, la obra de Manuel González Prada. En todo caso el hecho que domina la sensibilidad de la época es la derrota en la guerra con Chile. Se razona desde la inquietud y la perplejidad ¿qué pasó? ¿cómo evitar un desastre semejante? Las respuestas giran en torno a la llamada "cuestión del indio" es decir la falta de integración entre grupos étnicos que no llegan a componer una nación. Los novecentistas vislumbran el mestizaje como perspectiva, la integración cultural aparece como la salida. Para todo ello la educación y la escuela serían fundamentales. Más tarde desde

otras coordinadas ideológicas, J.C. Mariátegui insistirá en la necesidad de un mestizaje donde el elemento andino tuviera un papel más activo, propuesta que tendría que ser viabilizada por el encuentro entre socialismo y las tradiciones andinas.

A este período que transcurre entre 1900 y 1930, podemos llamarlo clásico, tanto por la intensidad de la reflexión como por su creatividad, hecho testimoniado por la vigencia simultánea del pensamiento de la generación del 900, y la del centenario, donde junto con Mariátegui, tendríamos que ubicar a Haya de la Torre y Jorge Basadre.

Es en el siguiente ciclo de reflexión donde se inscribe la historia de nuestra Facultad. En efecto, a fines de los '50 las exigencias de auto-comprensión vuelven a ser vitales. El Perú comienza a dejar de ser el país escindido, étnicamente estratificado de 20 años antes. En muy poco tiempo todo comienza a estar fuera de su sitio. Migraciones, invasiones, pueblos jóvenes, movimientos campesinos, sindicatos obreros. Además auge económico y ampliación de la participación política. Para algunos se trataba de un desquiciamiento, para otros una posibilidad de modernización. Pero debe advertirse que en el período que se inicia los autores de la etapa anterior no están completamente presentes. No se dialogó lo suficiente con ellos. Sólo bastante después se iniciaría una reflexión sistemática sobre los clásicos peruanos. Se trata de un hecho que debemos explicar.

En 1964, en medio de toda esta atmósfera el Consejo Superior de la Universidad, entonces presidido por el padre Felipe Mac Gregor establece la Facultad de Ciencias Sociales. Creo que se puede decir que se trató de una iniciativa previsoras y oportuna. Se aspiraba a poner el conocimiento al servicio del progreso y la justicia.

En realidad había muchos escollos para realizar este proyecto. El principal era la falta de profesionales especializados. Pero gracias a la iniciativa del padre Mac Gregor se logró un convenio con las universidades holandesas de Tilburgo y Nimega. Llegaron así los profesores que formarían las primeras promociones de estudiantes de la Facultad. Entre ellos hay que recordar a Leonard Janssen, Kornelius Vermont, Christian Bertholet, Dirk Kruijt, Alfonso Mc Donald, Fritz Wils. El primer Decano, a quien correspondió esta etapa fundacional fue Luis Velaochaga.

Poco antes había partido una generación de jóvenes peruanos a estudiar fuera del país. Muchos de ellos provinieron de las filas de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC), animada entonces por Gustavo Gutiérrez. El lugar escogido sería Lovaina y a esta universidad se dirigieron: Miguel Althaus, Rolando Ames, Francisco Guerra, Máximo Vega-Centeno y Violeta Sara-Lafosse. Enrique Bernales fue a Grenoble. A su regreso se incorporan al plantel de profesores.

Esta primera etapa de la historia de la Facultad que podemos llamar de los orígenes, se prolonga hasta 1970-72, cuando ya existe una planta de profesores peruanos. Entre ellos, y fuera de los ya referidos, hay que mencionar a Manuel Marzal, Fernando Fuenzalida, Alejandro Ortíz, Juan Ossio, Adolfo Figueroa, Javier Iguíñiz, Denis Sulmont. También por esos años se incorporan en la planta de profesores los primeros egresados de la Facultad: Ana Ponce, Carlos Wendorff, Orlando Plaza, Guillermo Rochabrún, Catalina Romero, Sandra Vallenás, Oscar Dancourt. Un poco más tarde ingresan profesionales provenientes de la Universidad de San Marcos, o de otras disciplinas, como: Narda Henríquez, Luis Soberón, Sinesio López, Alberto Flores Galindo, Gonzalo Portocarrero, Juan Ansión, Teófilo Altamirano, Marcel Valcárcel e Isabel Yépez. Antes de su retiro definitivo la cooperación holandesa nos lega el edificio de la Facultad, y el edificio del CISEPA, que son nuestros hogares académicos.

Empieza entonces la etapa que podríamos llamar de consolidación. Los retos eran desarrollar una planta docente, e iniciar o profundizar la investigación de la realidad nacional. Muchos de los logros de entonces obedecieron al dinamismo de Enrique Bernales, a su entusiasmo y vitalidad. También a la concurrencia de la Fundación Ford, a su apoyo económico y exigencia académica, que resultaron decisivos para el despegue de la investigación en nuestros Departamentos y el CISEPA. Igualmente este apoyo fue el decisivo para el inicio, en 1972, de programas de post-gradó en Ciencias Sociales, iniciativa que ha tenido mucha importancia en la renovación de la enseñanza de nuestras disciplinas a nivel nacional.

En estos años, inicios de los '70, va ganando influjo el marxismo como corriente teórica y la izquierda como fuerza política. Si dentro de la universidad nacional la mayoría de las veces es un marxismo dogmático el que gana prominencia, en nuestra Facultad hubo siempre lugar para la pluralidad, para la discusión y el diálogo.

Sucede que por una suerte de moralidad interna, de consecuencia con sus principios, tocó a las Ciencias Sociales la tarea de denunciar la injusticia social y exigir el cambio. Es así que la juventud que pasó por estas aulas sintió la necesidad de adentrarse en el Perú, de cruzar fronteras, de cerrar abismos. El entusiasmo era generoso. Muchas veces significó poner en peligro la seguridad futura para sumergirse en un compromiso político. Época de pasiones, de aciertos y equivocaciones. Y aunque esencialmente negativas, la indignación y la denuncia, nos hacen recordar que el conocimiento no puede estar divorciado de los valores, que el compromiso es el último paso en el camino que nos conduce de la coherencia a la acción.

Es en esta época cuando se inicia las líneas de investigación que han marcado la historia de la Facultad. Temas como la distribución del ingreso y la dependencia, las relaciones económicas internacionales; o las sociedades agrarias y el mundo andino; o el sindicalismo y los movimientos sociales.

La década del '80 corresponde a una etapa de maduración, de mayor continuidad. Consolidada la planta docente, en pleno desarrollo las investigaciones, la marcha de la Facultad adquiere un tono estable y sostenido. Es la etapa que corresponde a los decanatos de Rolando Ames, Denis Sulmont y Máximo Vega-Centeno. Aquí es necesario mencionar al personal administrativo y de servicio. Muchos de ellos nos acompañan desde los inicios de la Facultad. Sin su entusiasmo y eficiencia no habiéramos logrado el nivel académico y el prestigio que hoy tenemos.

Pero en nuestro país los años '80 son de crisis e incertidumbre. El retorno de la democracia liberal se ve acompañado por el surgimiento de la violencia política y una crisis económica sin término aparente. La agenda de investigación se modifica. Aparecen nuevos temas y el estudio de otros se profundiza. El análisis de los intentos de estabilización se vuelve una especialidad por sí misma. Mientras tanto la necesidad de explicar la violencia alienta los estudios sobre la cultura y la subjetividad. También surge el Diploma de Estudios de Género. Pero todo esto es ya historia reciente.

No obstante, evaluando la investigación y la docencia en la Facultad y los Departamentos, creo que hay constantes que es necesario

identificar. Quizá lo más característico sea el hecho de que hayamos razonado la realidad peruana desde amplios marcos conceptuales. Así hemos contribuido al conocimiento de nuestra sociedad, tratando de hacer inteligible su originalidad, es decir concibiéndola como una sedimentación histórica y no como una esencia incognoscible. Hemos evitado el provincialismo. Para ello ha sido imprescindible nuestra biblioteca que tiene actualmente 32,000 volúmenes, y que representa en nuestro medio la colección especializada más significativa. También ha sido muy importante el intercambio académico con universidades del exterior.

Es posible que en el conocimiento de nuestra realidad hayan emergido conceptos que logren incorporarse como marco de referencia para el análisis de otras realidades. La mención al profesor Alberto Flores Galindo es aquí necesaria. Como nadie, Tito encarnó la figura del intelectual comprometido con la verdad y la justicia. En breves pero fecundos años alumbró una obra que conjugó una vasta formación teórica con una prolija erudición histórica. Todo ello, además, vertido en una prosa como él: ágil y nerviosa. En lo que toca a la investigación queda por decir que pocas veces se ha emprendido en nuestro medio investigaciones específicamente teóricas: creo que las excepciones serían los trabajos de Adolfo Figueroa en Economía y Fernando Fuenzalida en Antropología; Guillermo Rochabrún y Guillermo Nugent en la teoría social.

En la docencia lo característico de la Facultad ha sido la cercanía entre los estudiantes y los profesores. En efecto la dinámica del seminario ha sido tanto o más importante que la clase magistral. Los Talleres y grupos de discusión han sido permanentes. Se ha tratado así de fomentar la participación de los estudiantes, acompañarlos en su aprendizaje. Ahora más que nunca creo que es necesario defender esta tradición, de la masificación de los cursos, de la falta de tiempo de los profesores.

¿Y qué viene después de la maduración? Me parece que la palabra clave para los próximos años es *renovación*. No dormiremos sobre nuestros laureles, sino visualizar los cambios en nuestra sociedad, mantenernos al día en la evolución de nuestras disciplinas. Saber adaptarnos para preservar nuestra vigencia. Precisamente este Seminario pretende expresar este impulso renovador, al mismo tiempo que ser una ratificación de cariño a nuestra institución. Como el título lo sugiere, *El Perú*



frente al siglo XXI, la idea es que en nuestro país se está abriendo una nueva época cuyos problemas y posibilidades tenemos que analizar y comprender. En efecto, el fin de la violencia y el logro de la estabilidad económica, nos abre un panorama más vasto de inquietudes, nos permite pensar en el largo y mediano plazo. Es decir tratar de imaginar un desarrollo con integración social y sin sacrificio de la identidad cultural.

Pero, más allá de este Seminario, la renovación implica mantener un equilibrio dinámico y creativo entre demandas que a veces pueden jalarnos en direcciones opuestas. La necesidad de profesionalización, el ethos académico, el compromiso con el país. El currículo debe armonizar estas orientaciones. Debe ser visto como una hipótesis, como un campo de experimentación. Ciertamente no como algo inmodificable. La evaluación y la innovación deben ser actitudes permanentes.

El reto es pues mantener nuestra vigencia como institución, como lugar de formación de profesionales y de generación de conocimientos sobre la realidad del país. También, desde luego, como órgano especializado de la universidad, encargado de desarrollar una rama del conocimiento, tratando de hacer profesión de fe de los valores cristianos.

Antes de finalizar quisiera agradecer al profesor Aldo Panfichi, quien se desempeñó como secretario ejecutivo de la Comisión Organizadora de las Actividades de Celebración de los 30 años de nuestra Facultad.

Muchas gracias